

Palabras de salutación en el acto: “A los 70 años del Instituto de Derecho Público de la Universidad Central de Venezuela”. Sus aportes y retos para el futuro,” Aula 15 del edificio de la facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas, 22 de noviembre de 2018.

Allan R. Brewer-Carías

Celebramos hoy el 70 aniversario de la creación del Seminario de Derecho Público (1948), el cual fue, en definitiva, el embrión del Instituto de Derecho Público de la Universidad Central de Venezuela creado en 1958.

Se trata, sin la menor duda, del más importante centro de investigación jurídica que ha habido en toda la historia de Venezuela hasta el presente – lo digo conocimiento de causa -, al cual tuve el privilegio de estar adscrito y trabajar, como muchos de Ustedes, hoy presentes; pero en mi caso particular, durante 27 años, entre 1960 y 1987: primero, como Auxiliar de Investigación entre 1960 y 1962; luego, como Profesor-Investigador a cargo de la Sección de Derecho Administrativo entre 1963 y 1978; y finalmente, como Director del mismo hasta 1987.

¡¡Veintisiete años!! Se dice fácil, pero en definitiva fue un tiempo equivalente a casi toda una vida, a casi una generación, durante el cual, a pesar de que en paralelo tuve que realizar muchas otras actividades, siempre estuvo el Instituto como prioridad, y más importante aún, como lugar de pertenencia. Y así, salvo en casos de ausencia del país o del ejercicio de funciones públicas, puedo decir que durante esas casi tres décadas, materialmente no hubo un día laborable en el cual yo hubiera dejado de ir al Instituto, o hubiera dejado de pasar por el mismo. Allí centré y realicé toda mi actividad de investigación durante esos años.

Y si renuncié a la Dirección del mismo 1978, pidiendo en paralelo mi jubilación del escalafón universitario - aun cuando por supuesto no de la docencia, y menos de la investigación, de la cual uno nunca se jubila -, ello fue porque entendí que no sólo que las instituciones requieren de alternancia en su dirección, para su desarrollo, sino que uno mismo requiere en algún momento, para nuestro propio desarrollo, abrir nuevos horizontes, asumir nuevos retos, y no perder el tren de la vida que nos llega con frecuencia.

La decisión, créanme, no fue nada fácil. Nadie se recuerda, porque no hubo fiesta, ni despedida. Pero yo sí me recuerdo.

Un día, el que me tocó, salí hacia el fin de la tarde del Instituto sabiendo que no volvería. Salí de la Facultad, como siempre lo hice, caminando por el pasillo hacia las facultades de Arquitectura e Ingeniería donde estacionaba mi carro, el Mercedes Benz beige del cual estoy seguro muchos se acuerdan; pero esa vez con una circunstancia específica: iba llorando, dejaba atrás una vida; dejaba atrás a mis amigos de siempre, colegas en el Instituto, muchos de los cuales habían sido mis alumnos, así como a las fieles colaboradoras del Instituto, con quienes tanto lidiábamos todos los días para ver el resultado del trabajo de mecanografiar nuestros manuscritos. No olviden que todavía en aquellos tiempos no se habían inventado aún los procesadores de palabras.

Y seguí llorando mientras manejaba hacia mi casa, donde llegué con la sensación de haber dejado parte de mi vida. Pero la decisión estaba tomada, y me dije a mi mismo, como siempre, ahora es cuando !!

Y así procedí a llenar el vacío que me había quedado, sin perder la rutina de horas diarias dedicadas a la investigación, que pude seguir desarrollando en las horas de la mañana en la biblioteca en mi casa, que muchos conocieron, de manera que la aventura del ejercicio profesional en la cual ya me había incorporado, nunca interfirió mi trabajo de investigador. Pero ello lo pude seguir haciendo, precisamente porque tenía la experiencia y aprendizaje que me había dejado mi trabajo en el Instituto.

Por todo ello, en esta ocasión aniversario del Instituto, me complace mucho haber tenido esta oportunidad de mandar este saludo a todos los presentes, a través de mi querido amigo Gustavo Urdaneta Troconis, actual Director del Instituto, con ese recordatorio personal que siempre guardé del momento de mi partida del Instituto, para mi muy sentido.

En todo caso, el Instituto se desarrolló como ese centro de investigación al cual mencioné, gracias al esfuerzo de tantos investigadores, y entre todos ellos, durante el tiempo que pasé en él, permítanme mencionar, entre tantos, a los profesores Antonio Moles Caubet y Juan D'Stefano, legendarios, queridos y admirados Director y sub-Director del Instituto desde 1948; y luego, a mi querido amigo y compañero de curso en la Escuela de derecho, Alfredo Arismendi (nos

graduamos juntos, y ambos entramos al Instituto como Auxiliares de Investigación el mismo año 1960); y además, a todos los que en su momento constituyeron lo que hoy podría llamar el “núcleo duro” del Instituto, mis queridos amigos Gustavo Urdaneta Troconis, Judith Rieber de Bentata, Magdalena Salomón de Padrón, Armando Rodríguez, Ana María Ruggeri, Ana Elvira Araujo y Jesús Caballero Ortíz, todos egresados de la Escuela de Derecho: luego, mis queridas amigas Rosio Alcalá y Eloisa Avellaneda egresadas de la Escuela de Estudios Políticos y Administrativos; y otros que vinieron de fuera, pero que se integraron totalmente con nosotros, como fue el caso de Amira Esquivel de Infante.

Todos ellos, y todos los demás que colaboraron con el Instituto, fueron sin duda, quienes hicieron del mismo la institución que fue, que es, y que esperamos que siga siendo sirviendo de faro al derecho público en el país.

Gracias a todos, y gracias especiales a Gustavo por haber leído por mí estas palabras.

Caracas 22 de noviembre de 2018